

SUCINTA HISTORIA DEL NÚMERO DOS DE KOGORÓ.

DARÍO BLANCO ARBOLEDA

Tengo unos dos años y medio desde que llegué al departamento de antropología de la Universidad de Antioquia, en aquel semestre me permitieron dictar la materia especial “músicas e identidades” y el ejercicio final para evaluar el curso (lo que muchas veces es concebido como el trabajo final) no era tal en mi caso. Pensé en la utilidad de que l*s estudiantes escribieran un artículo de la justa manera como son presentados a las revistas de ciencias sociales.

Consideré que, independientemente de la calidad final de los mismos, el ejercicio de escritura podría ser profundamente educativo dentro de un terreno en el que la academia, y sus parámetros, progresivamente nos invita y las más de las veces empuja. No podemos olvidar que, en nuestra universidad y en sus pares en el mundo, las aprobaciones, la jerarquía, los ascensos, y los ingresos, están determinados por lo que se publica y dónde se hace.

Sin embargo, y a contrapié con esta marcada inercia académica, cuando al final del curso fui regalado con un puñado de artículos de buena factura, me encontré con la ausencia de un lugar dónde someterlos a un proceso editorial. Pregunté, con cierta insistencia, por la posibilidad de una revista de estudiantes y recibí algunas respuestas vagas. Algunos señalaban proyectos de ese orden que habían quedado truncos y otros una pretérita sección dentro del *Boletín de Antropología*, donde se les publicaba. Lo cierto es que los primeros no habían logrado la anhelada y compleja continuidad y en el segundo las propias inercias impuestas sobre las publicaciones académicas, y los parámetros de medición y jerarquización de las mismas, habían convertido en inviable lo que otrora fuera posible.

En ese punto comencé a abogar por la creación del espacio con colegas y con el entonces Vice Decano (Ramiro Delgado) quien con precisión me contó de las primeras experiencias como la revista Hurgar, otras intermedias que no logro recordar, y la más

reciente Kogoró. Me planteó dos caminos, que él veía con cierta claridad, uno era empezar de cero y el otro intentar retomar, y dar continuidad, al espacio logrado por Kogoró. Mantuve mi insistencia por un tiempo hasta que paulatinamente el poco eco logrado me hizo pensar que no se alcanzaría en el corto plazo y lo archivé en la gaveta mental bajo el doloroso rubro de inconclusos-pendientes.

En algún punto cuando ya mis preocupaciones eran otras, me sorprendió mi colega Luís Vidal, actor fundamental en la primera parte del proyecto, quien motivó, y vendió la idea, a algunos estudiantes como Germán Negrete y Felipe Gallo quienes conjuntamente comenzaron a generar acción y finalmente pudimos tener la primera reunión del comité editorial de la revista, hace ya más de un año. En ese punto tuvimos que tomar la decisión sobre cuál de los caminos seguir y con bastante unanimidad consideramos que el primer número de Kogoró tenía la calidad y la esencia de lo que nosotros queríamos forjar, inclusive detalles como el nombre de la revista los consideramos como afortunados.

De esta manera buscamos contactarnos con los estudiantes que lideraron el proyecto y así Santiago Cadavid, quién no pudo asistir pero mandó el recado, y Héctor Carmona, tuvieron la generosidad de cedernos su hija, sin ninguna condición salvo respetar su primer número en completa integridad. Sea este el momento de reconocer su noble gesto.

A partir de ese momento iniciamos labores y el número dos sufrió muchos problemas por falta de coordinación, y a causa del apoyo intermitente, que llevó a que de ese primer comité solo queden hoy los dos estudiantes señalados anteriormente. Uno el director y el otro encargado de la edición y el montaje en la red tuvieron, la mayor parte del proceso, la carga sobre sus hombros, misma que más de una vez los llevó a pensar en desistir por lo dispendioso, arduo y solitario del esfuerzo. Hoy bajo el júbilo de este lanzamiento me corresponde brindarles una palmada en la espalda por su tesón y carácter en aquella antípoda.

En un segundo tiempo, ante las complejas tareas de coordinación del lanzamiento, los trámites burocráticos y de diseño gráfico, Verónica Builes destacó por su diligencia y

aptitudes artísticas, mismas que comparte con Julián Castañeda quien asumió a su lado la fundamental labor de diseño. Me queda destacar el trabajo del resto del comité editorial Ana Soto, Carlos Sánchez y Jason Zuluaga quienes apoyaron en la selección de los artículos y otras tareas asociadas.

En este punto llega la inevitable frase de cajón, pero no por eso no menos verídica, la revista que se presenta hoy es el producto del trabajo de ellos y de l*s estudiantes quienes les confiaron sus artículos, materiales audio-visuales y diversos textos. El Departamento de antropología conformado por docentes, estudiantes, colaboradores administrativos y egresados, debemos declararnos en regocijo. Personalmente mi satisfacción es la de quien ve crecer, hacerse fuerte y agraciado, el proyecto sembrado y con él a sus gestores.

Hoy encomiamos, sin embargo mañana debemos afrontar nuevos retos. El primero es lograr la continuidad de las ediciones, para que se cumpla nuestra meta de un número semestral que recoja los materiales de cada periodo académico. Para alcanzarla necesitaremos del apoyo de todo el departamento. Es fundamental que se considere la idea de que algunos de los materiales evaluativos de los cursos sean pensados para ser publicados en el Kogoró. Así mismo, otro tipo de ejercicios comunicativos, no tan académicos, o desde otros lenguajes como los audio-visuales, producidos por l*s estudiantes son vitales por lo que les hacemos la más cordial invitación a remitirnos sus trabajos. De igual manera debemos buscar el camino a los recursos que nos permitan además de la edición virtual una impresa.

Kogoró -que significa caracol- simboliza un llamado, un ejercicio comunicativo, acto central que nos convoca en la revista. El comunicar, que remite a la idea de poner en común, implica que la disciplina que inculcamos desde las aulas, oficinas, pasillos y espacios virtuales sea recibida, asimilada, apropiada y transformada por l*s estudiantes quienes a su vez generen mensajes que deben tener un espacio, un medio, para ser compartidos, admirados y discutidos, creando escenarios de sensibilizaciones conjuntas y cruzadas. Esa es la imprescindible tarea que fue asumida en el pasado, presentada hoy y que les espera a todos ustedes mañana. Así entonces hacemos sonar hoy el Kogoró

Medellín al 19 de mayo de 2011

